

711-7 Biblioteca Juan Bautista Vazquez

DONACION

CORDERO CRESPO

\$2

DEFENDAMOS EL IDIOMA



CUENCA ECUADOR

E868  
7568



7568  
E868

DEFENDAMOS EL IDIOMA

# ORACION

de Luis Cordero Crespo,  
Mantenedor de la FIES-  
TA DE LA LIRA en el  
año de 1.944, vigésimo  
quinto aniversario de su  
fundación.

ref 7083 (over)

82 - 30-IV-1946

33p



Señoras, Señores,

Amigos y Compañeros:

¡Podemos aún "hacer fiesta de gay-sabidores"! ¡Nos es dado aún arrancar del propio corazón, a los divinos sortilegios del paisaje, las vibraciones de la santa poesía, para endulzar las horas del desencanto! ¡Nos permite aún el Cielo, que demandemos a la madre naturaleza los inefables motivos de la inspiración y que hagamos de nuestra psicología emocional la caja de resonancia de tantas



notas perdidas en la armonía anónima del universo! Bendigamos a Dios que así nos concede vivir, en este arcádico rincón del mundo, enjoyando con gemas de tranquilidad y de paz la dura pero honrada cadena del trabajo! ¡Felices nosotros los que habitamos en esta ribera de sosiego, mientras el salobre mar de desolaciones y angustias ha sumergido en sus vórtices todas las latitudes del planeta!

Síntesis de espiritualidad, asamblea del ritmo, vendimia del entusiasmo, ágape de bienquerencia, hermandad de ideales, remanso de serenidad: la FIESTA DE LA LIRA es en el calendario de nuestras modalidades temperamentales, el día de la pascua florida del arte. Del arte que es pensamiento, del arte que es sentimiento, del arte que es expresión de la belleza. En un recorte suburbano de sinceridad, al rescoldo del ensueño, venimos a embriagarnos de sol, a saturarnos

de frescura, a impregnarnos de campo; venimos a escuchar el poema didáctico de sencillez de las fuentes rumorosas, a aprender los hexámetros plenos de epopeya de las montañas augustas, a aplaudir el diálogo de los vientos y de las frondas en el escenario de los oteros florentísimos, a sorprender los madrigales inocentes de lasavecillas sin nombre, a inebriarnos en los epitalámicos besos de luces y perfumes entre los tornadizos celajes y la siempre fidelísima tierra; a diluir, en fin, el alma en todo lo que se mueve, en todo lo que tiembla, en todo lo que palpita sobre la gran naturaleza, no para el panteísmo de la razón desequilibrada, sino para el panteísmo místico de las elaciones que llevan hacia el alto trono del Creador, que nos da y da a todas las cosas lo que somos, para el salmo del amor cósmico, en que el hombre es anfitrión de la palabra que reza, de la palabra que adora, de la pala-



bra que rinde gracias. ¡Hermano sol; alabemos a Dios! ¡Hermana agua; alabemos a Dios! Hermanas todas criaturas: alabemos a Dios! como cantaba, hace siglos, el serafín poeta de la Umbría.

Grandes, profundos duelos de la lira han interrumpido el ciclo de sus Fiestas. Hemos debido llorar por la ausencia eterna de una caravana de vates excelsos, que partieron al más allá. Rotas las cuerdas sonoras, el canto apenas se ha sedimentado en gemidos, y en el tronco escueto del árbol panida, sólo han vibrado los acordes doloridos de la elegía, que ha sido silencio en los pechos conturbados, flores de cineraria sobre los altares de la muerte y angustia de catástrofe en el olimpo de las letras comarcanas.

Una constelación de astros mayores se ha puesto en el horizonte,

antes resplandeciente de gloria, hoy en pesarosas sombras, del cielo azuayo. Los dioses se han ido, y herederos de ausencia, hemos quedado como los discípulos de Cristo, con la mirada fija en el ocaso de su ascensión definitiva, cual si persiguiéramos los últimos resplandores de su lumbre en tramonto de inmortalidad.

Vásquez, el espíritu selectísimo, a través de cuyo cristal solíamos ver los más soleados panoramas de las místicas hermosuras. Arízaga, el hombre total, que esculpió el verso y la prosa con cinceles de helénico acierto. Juan María Cuesta, el alegorista eximio, cuya fantasía creaba mundos de delicadeza inolvidable. Aguilar, que desde la cumbre señera de su extraordinaria cultura, echaba a volar, ciertamente, sus bandadas de águilas por el firmamento de la idea y sus bandadas de ruiseñores por el bosque de la inspiración. Muñoz Vernaza,



el patriarca de la historia nativa, que construyó el poema de los sucesos para la alta docencia de la colectividad nacional. Cordero Palacios, ese fijoalgo de todas las noblezas, en ruta perpetua hacia el desencantamiento de sus mercedes las princesas de la ciencia y de la estética. Los hermanos Cordero Dávila, respecto de quienes, si mi lengua debe callar por pudores de sangre, mi corazón tiene amplio derecho a tributar el culto devoto de la admiración cariñosa. Alfonso Moreno Mora, el elegante poeta y creador de la Fiesta de la Lira, que nos dió a gustar el vino de su emoción en las más brillantes copas del arte nuevo. Y hasta últimamente, en estos precisos días, José Rafael Burbano, cuyo resignado sentimentalismo nos reveló el misterio de su hondura interior, brotando como los manantiales puros entre los labios de roca de su esquivez habitual. Se han ido tantos, que parece que todos se hubie-

sen ido. Y se nos fué, adelantado mayor de la caravana, el gran liróforo, ciudadano de América, genio excelso de la patria ecuatoriana, con quien y por quien teníamos sitio de distinción para emparejar el numen de nuestra tierra con el de los más altos poetas de la literatura ecuménica, señor de todas las escuelas, artífice insigne de todas las formas, intérprete milagroso de todos los motivos: Crespo Toral el grande, el maestro, cuyo sitio vacío acaso nunca podrá ser dignamente ocupado por representante alguno de la actual y de las venideras generaciones, en muchas décadas de elaboración mental.

Consagrémosles nuestro recuerdo, ensalcemos su preclara memoria, tengámosles presentes, pues si se fueron, dejaron en el espacio infinito un reguero de estrellas, que está orientándonos, en medio de la noche negra, hacia la suprema meta de nuestras aspiraciones, de nuestros anhelos, de nues-



tras realizaciones de superación y de encumbramiento.

Nos ha tocado hoy conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Fiesta de la Lira, y los que, habiendo quedado de este lado de la vida, llevamos la misión de la poesía, debemos en homenaje a ellos, a los idos, cerrar nuevamente el círculo, apretar las diezmadras filas, y reanudar la apoteosis objetiva del arte, en cuyo ministerio nos legaron la perdurable ejemplaridad de su acción y de su obra.

El mundo es dominio del arte, y el arte no es otra cosa que la esencia de la naturaleza. Arte que se independiza de ella, que la falsifica, degenera en artificio. Y las obras del artificio

no perduran. Relampaguean un momento, sugestionan, alucinan, se hacen aplaudir por virtualidad de la audacia que las anima; pero al fin decaen, mueren y se sepultan en los desiertos del delirio y de la locura, que no son medios de creación, sino de transitorio espejismo. No hay arte fuera de la verdad y la verdad es eterna.

Mas, las maneras de captar la verdad, los modos de apreciar la naturaleza, son tan varios, son tan diferentes, que la objetividad específica se torna en subjetividad emotiva desde el mirador de cada artista. La inteligencia humana, la sentimentalidad humana, no solamente que están repartidas en cantidades desiguales, sino que en los procesos íntimos de su operación influyen tantas circunstancias individuales y ambientales, que, tal vez, ni por excepción, se da el caso de artistas que reaccionan idénticamente en presencia de un motivo. Y eso es, y en eso consis-



te, a mi modo de ver, la inspiración, que, si es sincera, tiene que ser original.

Por fortuna, la escala de las tonalidades es casi infinita. Y el cincel y la paleta y el arpa, como símbolos del arte, son instrumentos dóciles a la inspiración. Sólo que hay que saber manejarlos. Y esa sabiduría presta la técnica, que en el arte, como en todo lo demás, es indispensable, es imprescindible. Cada técnica se fundamenta en principios universales, siquiera los rudimentarios, siquiera los más latos; aunque no sea contradictorio que los artistas geniales, sobre esos primeros principios, elaboren su técnica propia, imperándola, aún para mejorar la técnica general, y darla así a los demás.

Se ha dicho, y no sin razón, que de las academias, de las escuelas, de los conservatorios, casi nunca salieron los genios; pero, también es cierto que

los genios recibieron la herencia del pasado para asomarse sobre el porvenir: por delante de ellos, marchó casi siempre un precursor, y ese precursor, con frecuencia resulta ser legión, es decir, todo el acervo de cultura de una época o de una nación. Esto por una parte, que por otra, esas escuelas, esas academias, esos conservatorios son focos para irradiar luz de comprensión en favor y beneficio de los mismos genios, que pasarían inadvertidos, si no los rodeara un público, que recibiera en su conciencia iluminada la divina eclosión de las creaciones geniales.

Además, HACER ARTE puede ser de pocos, pero entender la obra artística, entender el arte, debe ser de muchos, de cuantos más, mejor. Debe haber un mar, respecto de cuyo nivel se pueda mensurar la altitud de las cumbres, que serán tanto más elevadas, más cercanas al cielo, más bené-



ficas a la sociedad, cuanto más alto también sea ese nivel: el mediocre, es grande entre turbas ignaras; pero el verdadero talento es grande en medios ilustrados, en medios cultos, en medios que ostentan un superior coeficiente de comprensión. Valga la alegoría: cuanto más se empinan las cúspides, es mayor la zona de las nieves y mayor el torrente de linfas puras, con mensajes de cielo, que llegan al ferviente mar que a sus plantas ebulle.

No afirmo, no puedo afirmar que el arte haya de bajar al vulgo, pero anhelo que el vulgo suba al arte. Es inadmisibile que el arte, como hecho social, se quede flotando lejos de los pulmones de la colectividad que debe respirarlo, porque así lo quieren los espíritus selectos. El arte, como todo patrimonio, como todo capital, y que lo es y en gran manera, del espíritu, ha de revertir al beneficio común, de-

be cumplir una función social, como se dice en términos de hoy. En suma, hay que comunicar ambiente de arte a la sociedad, para que ésta, educándose, adapte biológicamente, a ese mismo ambiente de superación.

Ninguna, entre las artes, más propia del hombre que la de la palabra. El hombre es idea, y la idea extravertida, es la palabra. El arte que perfecciona la palabra tiene, en consecuencia, que ser la primera de las artes humanas.

Apenas concebimos la especie inteligible del hombre, concebimos a éste pensando y hablando. Creado el primer hombre, -no podía ser de otro modo- entra en diálogo con el Creador. La idea y el lenguaje le son do-



nes simultáneamente infusos. Si así no fuera, habría que pensar que el primer hombre, que no habló, tendría como ímproba tarea la de dar nombre a las cosas, la de hacer abstracciones, la de establecer relaciones comparativas de los conceptos e inventar vocablos expresivos de esas abstracciones y de esas comparaciones, siquiera las primigenias, las urgentes. Es decir el primer hombre, -quiero suponer el pitecántropo-, más sabio que los lingüistas de todos los tiempos . . . !

No; antes que en el Pentecostés apostólico para la difusión universal de la sacratísima doctrina de Cristo, en todos los idiomas de la tierra; el Espíritu de Dios infundió el primer lenguaje al hombre inicial, junto con la facultad de pensar; pensamiento y lenguaje que lo tipifican, por encima de lo somático de la escala animal, para constituirlo en la alta especie de

sér que piensa para adentro con la razón y piensa para afuera con la palabra.

Si de estas brevísimas consideraciones, pasáramos a la filosofía del lenguaje, con aptitud de universalidad para la expresión de todo lo que la mente humana elabora, ya sea como resultado de las percepciones sensoriales, ya como conocimiento intelectual de las cualidades y de las cantidades; y especialmente como vehículo preferido de la belleza: ¿qué santo respeto, qué hondo respeto, habríamos de tener por el idioma, que se nos da como nexo esencial e insustituible, en todo orden de relaciones humanas?

El culto de la forma es tan propio del arte, que prescindir de él, equivale a anular el arte. Hay artes como las llamadas plásticas: la arquitectura, la escultura, la pintura, que



suben de la forma al espíritu, es decir que sin la primera no pueden llegar al segundo. Pero aún respecto de la música, cuya forma es el sonido. ¿Cabrá menospreciar éste, para obtener de una algarabía rabiosa la impresión de lo bello?

Más generosa la palabra se deja usar sin arte, cumpliendo no obstante su misión trascendental de nexo, como lo dijimos. Pero para el artista, el uso de la palabra ha de ser obra de arte, y no le es permitido enunciar la idea literaria o poética, en un conjunto de vocablos mal estructurados, como si con piedras informes se tratara de levantar un eurítmico edificio. No basta para el artista, que se le entienda su idea bella, sino que ha de aspirar a que bellamente se le entienda su idea bella.

Lo contrario: revestir con palabras hermosas una idea despojada de

hermosura, será sin duda peor. Pero el arte literario, cuida a la vez de los dos elementos que lo integran. Su divorcio, o determina un hablador, o determina un iletrado, nunca un literato, nunca un poeta, jamás un artista.

El idioma, como elemento primordial de arte, no ha de ser atropellado a mansalva, no ha de ser inmolado al vaivén de las corrientes tumultuosas de la imaginación. No se le niega al escritor el derecho de perfeccionar las formas y hasta de encontrar palabras de clara y recta ascendencia filológica. Pero no se le concede, la arbitraria facultad de inventar o deformar vocablos, por urgencias de la rima, por ambición de originalidad, por pueril erudicionismo, trayendo de



otros idiomas palabras que hay en el nuestro en cuanto a su significado, cuando con erudición castiza, por tanto verdadera, puede conseguirse en el idioma que heredamos un copioso caudal de términos, para expresar aquellas ideas. Ni menos se le otorga patente para falsificar conceptos en punto a la significación, de modo que sea preciso que el autor traduzca, si trata de ser comprendido, lo que quiso decir y no dijo, de su idioma SUI GENERIS al idioma de todos, cuyas palabras no obstante pertenecen como tales al vocabulario común. Ni se le tolera tampoco subestimar la sintaxis, como pragmática en desuso de ceremonial cortesano, pero ingrediente insípido en el ágape de la democracia. Muy lejos de todo esto, cuanto mejor sea el ropaje que vista la idea, más hermosa se presentará ésta en la gran fiesta del arte, que no consiste en las "bodas de Camacho", sino en un delicado reparto de ambrosía a

los paladares invitados a sus dulzuras.

"El que quiere tener cosas propias, pierde las comunes", dice Kempis en su sabio libro de la "Imitación de Cristo". Tan sublime pensamiento de ascética, puede muy bien aplicarse a aquellos que inventan, para su gasto, un idioma distinto del que hablan los demás, no obstante que para los demás escriben o hablan, y del cual no se ha fabricado un diccionario o siquiera una clave de comprensión.

Piense cada cual lo que quiera, siempre que su pensamiento sea bello; pero al darlo en comunión a los otros, déselo con lenguaje tal, que ese pensamiento sea sustancia asimilable por las inteligencias, y cumpla con la alta pedagogía que implícitamente lleva como función la obra artística, precisamente por ser obra humana, de hombres para hombres.



El idioma, el lenguaje, es la riqueza común por excelencia. La tienen y la emplean todos los componentes de la colectividad. Además, el nuestro, por imperativos de etnología, de historia, de tradición, nos vincula con nuestros hermanos del Continente y con nuestros hermanos de allende el Océano; de modo que se puede hablar propiamente de un mundo castellano, de un mundo español, cierto que desde múltiples puntos referenciales de cultura, pero en especial desde el de mayor contacto, el del idioma. No menos de cien millones de habitantes del globo, nos entendemos en el lenguaje undoso, de puras corrientes ancestrales, que nos lo legaron perfecto Cervantes y Lope, los Luises de León y Granada, y que tiene inflexiones de tanta sutilidad, hasta para expresar los más encumbrados estados de ánimo, como en los grandes místicos de la península, los mayores de todas las literaturas occidentales, a cu-

ya cabeza se hallan Teresa de Avila y Juan de la Cruz.

Resulta, por lo mismo, extraño, que en esta hora de combate en pro de estructurar mejor la sociedad, con miras al disfrute común de los bienes humanos, surjan escritores que tan generosa doctrina propician, que se encastillen, no en torres de marfil, sino en cuevas de bronce o en dólmenes de granito, aislándose así del contacto con las muchedumbres, a quienes niegan la diáfana participación en su arte, que por este camino, resulta, cuando menos, egoísta.

Con respecto al idioma castellano que se habla en América, es innegable el injerto de palabras, de ex-



presiones, de modismos y hasta de formas sintácticas, que pertenecen a idiomas autóctonos ya desaparecidos o en vía de desaparición. Aquello no es reprochable; pues si la sangre aborigen se infiltró en la vena de los descendientes de los conquistadores, para determinar el criollismo indo-hispánico, fuente de nuestras nacionalidades, mal se podría exigir una utópica incontaminación idiomática, y peor aspirar a una extemporánea depuración. Los fenómenos sociológicos, como los del orden físico, han de aceptarse tales cuales son. Obedecen a factores que no es potestivo suprimir, y ni así lo fuera, sería dable hacerlo. Debemos tener, en la medida de lo justo y razonable, fisonomía que nos singularice, sin deformarnos.

Los arroyuelos convergentes acrecientan el caudal del río que sirve de eje al sistema hidrográfico. El pomposo, abundante y flúido idioma de

Castilla no puede ser desviado en su curso por el contingente de los idiomas americanos, que le son tributarios. Por otra parte, hay tantas cosas de exclusiva propiedad americana, que sólo con términos autóctonos es posible expresar cumplidamente.

Pero tal proceso de injertación se ha operado ya en la medida que la necesidad le imponía, y no ha menester la transfusión total de las lenguas aborígenes al castellano. Lo que sí está a cargo de nuestros escritores que tengan eficiencia para la ardua labor, es la adaptación gramatical completa, de forma elegante y de integración de buen gusto, de los materiales suministrados por el barbarismo americano a la índole del idioma central, que, por ventaja, tiene tan dúctil facultad de asimilación, que así supo incorporar, por un procedimiento que se me perdonará llamar de endósmodismo filológico, el aporte idiomático á-



rabe a la magnificante estructura del romance.

Una lengua es, de todas las cosas humanas, la más viva; está siempre en movimiento, jamás se estaciona; sus posibilidades de perfección no tienen límites; pero la influencia que en ella se ha de ejercer, ha de estar condicionada a su morfología peculiar, y no es de todos el dón de iniciar, menos de consumir la evolución benéfica, menos todavía entrando con hacha de filo romo en la intrincada selva del léxico, ni en el sistema regular de la gramática.

Cuanto mejor harían quienes así prodigan energías y virtualidades constructivas, si se dedicaran al estudio de los lenguajes y dialectos de la autotonía americana, valga decir para nosotros, al quichua, para impedir que éstos fenezcan en las encrucijadas de la civilización tipo europeo, produ-

ciendo una literatura de exóticas bellezas, y lo que sería de mejor fruto, acelerando la incorporación del indio a la vida nacional, dándole a beber en su propia lengua las altas concepciones del intelecto y del sentimiento, las abstracciones inmateriales de la religión y de la moral, los adelantos del progreso humano en los diversos órdenes de la vida; para elevar de esa manera su nivel de cultura, finalidad que debe constituir la gran cruzada a emprenderse, si hemos de procurar con anhelo la unificación de la Patria y la práctica condensación de la nacionalidad.

Para quien urge con atención y amor las entrañas de nuestra lengua castellana, patentizando las etimologías, aunque no fuese con escalpelo de lin-



güista; para quien recorre con embeleso los meandros de su caudal sonoro, límpido, abundante; para quien se familiariza con la lectura de los grandes maestros que lo elevaron a su actual condición de rey de los romances: esa lengua se efunde, se vierte, se entrega en forma generosa y plena, incluso estimulando el interés creciente y el afecto que no decae, con pliegues y repliegues de donosos ocultamientos incitantes de curiosidad, que ella misma, la lengua, como que franqueara entre primaverales sonrisas de ensueño. Otras veces es la semántica la que se torna esquiva, como colegiala doceñera, y es justo, porque en esa edad es cuando las gentes la saludan por vez primera; y hay que influírla con perseverante estudio, para que abra el cofre ideológico de los significados y descubra sus delicados matices de colorismo y sus diminutos ápices de perfección. Es en ocasiones, la fronda exuberante de los verbos,

que los modelos no pueden someter a poda, porque por tantas direcciones se escapan las robustas ramas de las excepciones, que el jardinero gramático, más bien se pone a interrogarles hacia dónde quieren ir, para suministrarles adecuados rodrigones de PREPOSICION, y ya que no fué posible estrecharlos entre las caricias del AMAR, o en el calabozo del TEMER, o en el campo de concentración del VIVIR, siquiera se enfilen como monarcas indómitos, en la dinastía del REGIMEN sintáxico.

Es entonces cuando las hermosuras recónditas de la lengua saltan a la superficie y el literato puede asirlas como gemas de mina, y el poeta, sobre todo, captar sus armonías. De lo cual se dió perfecta cuenta nuestro genial poeta Romero y Cordero, cuando dijo con magia de verdad, aquella estrofa sutilísima:



"Los versos no los hacen el arte ni la gente, --existen en la esencia de todos los idiomas;-- sólo que hay que atraerlos, así, naturalmente,-- como los palomares atraen las palomas".

Nosotros los cuencanos del Ecuador, los MORLACOS, como nos llaman, y a complacencia nuestra, porque, gracias a Dios, hemos prestigiado el apodo; nosotros, digo, tenemos mucho de Quijotes. Somos creyentes, somos idealistas, somos aventureros e hidalgos. Pues bien: seámoslo especialmente con esa dama tan señora, al par que tan demócrata, DOÑA LENGUA CASTELLANA. No la FAGAMOS injuria, ya que:

"Non es de sesudos homes,  
ni de infancones de pró,  
facer denuesto a una dama ..."

Escritores cuencanos, ricos de talento y millonarios de inspiración, vues-

tro campo para volar es amplísimo, es todo el firmamento del arte; pero sólo con dos alas auténticas podéis encumbraros a donde vuestro potencial artístico os puede y os debe llevar: pensamiento e idioma. No hay otros dinamos de estética literaria; o más bien, todos los otros se cifran en aquellos. Mucho tiene que esperar la literatura regional y la nacional de vosotros; pero con carácter de permanencia, de perpetuidad, como el que comunicaron a su obra los númenes pretéritos. Realizad vuestra nobilísima misión. No defraudéis tan justas y santas esperanzas. No se os quiere vaciados en moldes de antigüedad; se os quiere vaciados en tronqueles de arte, y el arte es eterno.



Señoras; Señores:

Os abro paso al escenario poético de la FIESTA DE LA LIRA, que en esta ocasión está enaltecido con la presencia de la "SEÑORITA UNIVERSIDAD", la chiquilla fina y resplandeciente, que se robó el mejor azul de nuestro cielo para sus ojos, el mejor oro de nuestras corrientes para su cabello, y un immaculado copo de nieve para el lis de sus alburas. Es ella una realidad de belleza, pero es ante todo un símbolo de superación. Como que su linda figura estará impulsando los alientos de la juventud que estudia, que piensa, que siente, hacia el norte magnífico de las plenitudes sumas, que el Universitariado está llamado a conquistar, para volverlas trascendentales a todos los campos de la sociedad.

Después de breves instantes, os vais a deleitar con los poemas que,

en el torneo han alcanzado las preesas del triunfo. Y es una gallarda poetisa, íntimamente nuestra y que canta lo nuestro, la adjudicataria de la "Violeta de Oro". Su nombre, ampliamente conocido en los círculos intelectuales de la Patria y del Continente, me releva de presentarla a vosotros. Quiero sí dejar memoria especial, de que esa "Violeta de Oro", que florecerá en el pecho de Marycorile, ha sido ofrendada por otra poetisa, por otra intelectual, doña Elena Landívar González, cuya personalidad honra a las letras y es altísimo exponente mental de la feminidad azuaya, y que por derecho propio ocupa un bien ganado sitio en el Consistorio de la Fiesta de la Lira, siendo éste el primer caso de una mujer colocada en su propio pedestal de notoriedad, por indiscutibles merecimientos. Bienhadada presea, que pasa de las manos de una poetisa al pecho de otra poetisa, como que la Safo griega se



hubiera desdoblado en dos almas de lira.

Marycorile no necesita voces de estímulo. Ejerce ella pleno dominio sobre el arte. Es ya consagrada y triunfadora reina del gay-saber. En cuanto a César Dávila y Andrade, vencedor en el concurso de cuentos y galardonado con el "Capulí de Oro", es digno del más cordial aplauso y del más irrestricto encomio. Su silueta se insinúa en el cenáculo de los NUEVOS, con una clara aurora de iniciación vigorosa y espléndida. Para Hugo Salazar Tamariz, el estrecho apretón de manos. Ya escalará más altas cumbres conducido por su talento y su laboriosidad de novel caballero del ritmo.

Aquí debo poner final de silencio a esta modesta oración protocolar. Y así lo hago, presentando ese mismo silencio mío como un devoto

homenaje de reconocimiento a las nobilísimas damas que han prestado el aporte de su distinción para organizar la FIESTA DE LA LIRA, que es como decir FIESTA DE LA MUJER, pues aquélla es la idealización de la armonía de ésta. Homenaje que tributo también al "Club Rotario" de esta ciudad, a cuya iniciativa y a cuya dadivosa cooperación se debe el resurgimiento de este tradicional torneo de arte. Llegue igualmente la expresión de mi gratitud al Ilustre Concejo Cantonal, que como personero de su pueblo, ha sabido apoyar con eficacia tanta, el presente acto demostrativo de la cultura de la ciudad doctora y poeta. Nada digo del Conservatorio y de su benemérito Director, pues ellos saben que la poesía y la música son hermanas gemelas en la divina fraternidad del espíritu.

Mayo 28 de 1.944